

# DESDE LA FILA 7

Por **Jordi Bordes**

Si algo amenaza la cultura, son las mentes cerradas. La danza contemporánea tiene, en este sentido, una gran dificultad. Porque la opinión general es que se trata de una representación demasiado abstracta. Sobre todo, a partir de las propuestas de los años noventa, cuando los laboratorios de danza investigaban en la no danza. Era un terreno demasiado arisco para el público que busca una trama, unos personajes o una conclusión de la historia (sea con final feliz o con alguna reflexión para llevarse a casa). Así que, ciertamente –como explica Omar Khan en otro artículo de este número dedicado al periodismo y a la crítica de la danza–, para facilitar la transmisión es imprescindible abrir las mentes.



Jordi Bordes en los premios de la crítica de Barcelona.

Con esta idea fundamos la web de críticos de artes escénicas *Recomana*. Ya llevamos siete años con esta plataforma, en la que en su momento nos reunimos una serie de críticos para dar visibilidad a la crítica de las artes escénicas en Cataluña. En medio de la crisis económica, cuando todos los medios de comunicación necesitaron recortar gastos, empresarialmente se atacó enseguida la partida de los colaboradores en la que se encontraban los críticos: si su espacio en el diario y el valor que se les daba se había ido diluyendo en el tiempo, la crisis podía significar su muerte súbita. Nos rebelamos contra ello. Y esta defensa casi gremial tuvo que venir acompañada de una necesaria relectura de la crítica en el siglo XXI: si un siglo atrás la opinión de alguna firma, desde la distancia de su despacho, podía convertir una producción en un fracaso de taquilla, ahora creemos que la crítica debe implicarse de otra manera en el sector de las artes escénicas. No tiene que limitarse solo a dar el necesario contraste, sino también aportar contexto. Y desde este punto de vista, resulta imprescindible que el crítico baje de la nube en la que residía orgulloso hasta no hace tanto, para atreverse a compartir discurso con los artistas y, sobre todo, con el público.

Si con Pina Bausch la frontera entre la danza y el teatro se empezó a difuminar, también debe darse un trasvase de públicos entre una disciplina y la otra. Y lo cierto es que no se ha producido con la misma facilidad. Por eso la plataforma *Recomana* propone a sus críticos (especializados en ópera, teatro, danza, circo, escena familiar, acciones de calle, etc.) que se atrevan también a hablar de las disciplinas que no conocen tanto. Porque todos hemos tenido una primera vez. Y este vértigo que pedimos al público que no lo amedrente tampoco debe afectar a los profesionales de la crítica. Sin duda, la fusión de disciplinas ayuda a dar una opinión (siempre honesta y respetuosa, dos mandamientos imprescindibles para ponerse delante de la pantalla en blanco del ordenador). Ayuda a que el salto no sea al vacío. Siempre hay que encontrar mimbres, referencias que den seguridad y consistencia a una opinión analítica que, pese a ello, nunca dejará de ser subjetiva.

## Del rey Sol a los faros de la costa

Las redes sociales han dado acceso absoluto a todos los usuarios a la hora de dar opinión. Y de entrada eso es bueno, porque cada espectador que decide reflexionar y opinar sobre un espectáculo ya muestra una curiosidad fértil, una apertura de miras que lo aleja de esa cerrazón que comentábamos al principio. Si acaso, hoy el problema viene de la excesiva multiplicación de foros con opiniones escuetas, de comentarios que no argumentan sus puntos de vista y, al final, solo generan ruido (el mayor de los peligros para un arte que lucha por ser claro y directo a la hora de captar nuevo público). En este sentido, la crítica navega en un mar tempestuoso. A menudo, la red zarandeja las opiniones y no les da suficiente valor. Por eso, consideramos la necesidad de crear una plataforma como *Recomana*, un escaparate en el que encontrar opiniones diversas (distintas de las de los medios de comunicación, a menudo de mirada política antagónica) que coincidan en el remanso tolerante del arte.

Si es erróneo creer que la crítica puede actuar aún como aquel Sol abrasador de la crítica de hace un siglo, también es necesario trazar líneas que ayuden a conocer las distintas opiniones sobre las obras y den lugar a nuevas. Siguiendo con el símil marinero, hoy el público necesita conocer a los críticos como personas que reflexionan sobre los espectáculos (de todo tipo) y están continuamente navegando. Necesitan saber cuáles coinciden más con sus gustos, sus referentes artísticos, y cuáles no. Así, el espectador más o menos maduro en navegaciones escénicas se atreverá a amarrar por sí solo en los distintos puertos. La crítica ya no es una lucha por ser el Sol que ilumine más (o que abraza, según la sentencia que formule sobre un espectáculo), sino que debe construir una línea de faros que señalen a los distintos navegantes los accidentes geográficos del arte con los que va a encontrarse. Y debe obviar al máximo si las arenas que fondea en cada ocasión son de danza, teatro u ópera, porque lo que importa en este viaje es que las aguas del arte se mueven continuamente, como las olas y las mareas.

En este siglo XXI se abre una oportunidad magnífica. Hoy por fin se ha comprendido que la crítica forma parte del ecosistema escénico, igual que el artista y el público. El privilegio (o a veces *castigo*, por qué vamos a engañarnos) de vivir la cartelera de forma orgánica permite crear un contexto, una evolución de artistas y compañías, una relación entre disciplinas aparentemente alejadas. Y toda esta información no es suficiente que se desprenda de los artículos de prensa. También es aconsejable transmitirla a través de encuentros directos con el público. Con muy diversas propuestas: desde las más informales a las más eruditas. En la adaptabilidad está el reto. Hay que compartir la reflexión, invitar a que se multiplique la reflexión.